

Argentina: La estrategia imperialista y la crisis de mayo

Argentina: imperialist strategy and the may crisis

Por **Ernesto Laclau**

Texto publicado originalmente en inglés en el número 62 (julio/agosto de 1970) de la revista *New Left Review*.
Traducción de Guillermo Vazquez.

Resumen

Argentina es probablemente el país más industrializado del llamado Tercer Mundo. Más del 60% de su población vive en ciudades, una proporción mayor que en muchos países europeos. El proletariado urbano y rural, organizado en sindicatos sólidamente desarrollados, comprende dos tercios del total de su fuerza de trabajo. Esta singular configuración para un país capitalista periférico ha creado formas de lucha política que no son de encontrarse en otras partes del mundo subdesarrollado. América Latina viene siendo en los años recientes un eje repetido de debate sobre el rol de los movimientos y estrategias guerrilleros. Argentina es el único país en el continente que, el pasado año, fue testigo de una insurrección de masas urbanas a la manera clásica, liderada por la clase obrera industrial. El trasfondo para la gran explosión de mayo de 1969 en Córdoba y Rosario debe ser buscado en la compleja historia de Argentina desde la destitución de Perón, y las modificaciones de su economía y sociedad que se desencadenaron por ella. Esta historia tiene muchas lecciones para los marxistas de todas partes, dado que la estrategia imperialista operativa en Argentina en la última década representa una experiencia piloto para muchos otros países no-metropolitanos, y tiene importantes implicancias para nuestro propio entendimiento del patrón global del capitalismo en esta época. De todas maneras, la respuesta de las masas oprimidas en Argentina a esta estrategia, que culminó en los eventos de mayo de 1969, puede presagiar cruciales aspectos futuros de la lucha de clases en otras partes. Es por ello que se hace necesario estudiar tanto la estrategia como la respuesta cuidadosamente.

Palabras clave: Argentina; peronismo; marxismo; Cordobazo; movimiento obrero

Abstract

Argentina is probably the most industrialized major country in the so-called Third World. Well over 60 per cent of its population live in towns, a proportion higher than that in many European countries. The urban and rural proletariat, organized in solidly developed trade unions, comprises two-thirds of its total work-force. This singular configuration for a peripheral capitalist country has created forms of political struggle not to be found elsewhere in the underdeveloped world. Latin America has in recent years been the focus of repeated debate on the role of guerrilla movements and strategy. Argentina is the one country in the continent which last year, on the contrary, witnessed a mass urban insurrection of a classical type, led by the industrial working-class. The background to the great explosion of May 1969 in Córdoba and Rosario must be sought in the complex history of Argentina since the eviction of Peron, and the modifications of its economy and society that were ushered in by it. This history has many lessons for Marxists everywhere, since the imperialist strategy operative in Argentina in the last decade represents a pilot experience for many other non-metropolitan countries, and has important implications for our understanding of the global pattern of capitalism in the present epoch. Likewise, the response of the oppressed masses in Argentina to this strategy, culminating in the events of May 1969, may presage crucial future aspects of class struggle elsewhere. It is therefore necessary to study both strategy and response very carefully.

Keywords: Argentina; Peronism; Marxism; Cordobazo; working-class movements

Argentina: La estrategia imperialista y la crisis de mayo

Argentina es probablemente el país más industrializado del llamado Tercer Mundo. Más del 60% de su población vive en ciudades, una proporción mayor que en muchos países europeos. El proletariado urbano y rural, organizado en sindicatos sólidamente desarrollados, comprende dos tercios del total de su fuerza de trabajo. Esta singular configuración para un país capitalista periférico ha creado formas de lucha política que no son de encontrarse en otras partes del mundo subdesarrollado. América Latina viene siendo en los años recientes un eje repetido de debate sobre el rol de los movimientos y estrategias guerrilleros. Argentina es el único país en el continente que, el pasado año, fue testigo de una insurrección de masas urbanas a la manera clásica, liderada por la clase obrera industrial. El trasfondo para la gran explosión de mayo de 1969 en Córdoba y Rosario debe ser buscado en la compleja historia de Argentina desde la destitución de Perón, y las modificaciones de su economía y sociedad que se desencadenaron por ella. Esta historia tiene muchas lecciones para los marxistas de todas partes, dado que la estrategia imperialista operativa en Argentina en la última década representa una experiencia piloto para muchos otros países no-metropolitanos, y tiene importantes implicancias para nuestro propio entendimiento del patrón global del capitalismo en esta época. De todas maneras, la respuesta de las masas oprimidas en Argentina a esta estrategia, que culminó en los eventos de mayo de 1969, puede presagiar cruciales aspectos futuros de la lucha de clases en otras partes. Es por ello que se hace necesario estudiar tanto la estrategia como la respuesta cuidadosamente.

1. La Restauración de Setiembre

Desde la caída de Perón en setiembre de 1955 hasta el golpe militar de junio de 1966, la fuerza dominante en la vida política argentina fue la oligarquía terrateniente y los sectores social e ideológicamente ligados a ella. Desde 1943, la oligarquía argentina nunca había sido lo suficientemente fuerte para ejercer el poder político de manera directa. En consecuencia, su política siempre había consistido en dejar el Estado en manos de partidos formalmente anti-oligárquicos en los que podían confiarle, sin embargo, la defensa de sus más amplios intereses agrarios. Con esto último ya asegurado, los terratenientes podían entonces obtener decisivas ventajas a través de organizaciones como la Sociedad Rural Argentina y mediante la utilización de periódicos como *La Nación* y *La Prensa*, controlados por ellos. En 1945, la oligarquía apoyó la Unión Democrática (formada por el Partido Radical, los demócratas progresistas, y los partidos Socialista y Comunista) en oposición al peronismo. La oligarquía en 1955 tomó de nuevo las palancas del poder económico sin intentar ejercer poder político en forma directa. De allí en más, ningún programa de gobierno podía ser implementado si no respetaba sustancialmente sus intereses. La Restauración de Setiembre tenía dos objetivos centrales: 1) Abolir todos los dispositivos que protegían la acumulación del capital nacional, erigidos en la época de la sustitución de importaciones, especialmente durante el período peronista; 2) establecer una nueva política económica cuyo principal beneficiario sería el sector agropecuario, y con éste la clase terrateniente. El primer objetivo fue conseguido con una combinación de medidas que desmantelaron todas las defensas proteccionistas de la economía argentina: el monopolio estatal del comercio exterior fue abolido, los depósitos bancarios fueron desnacionalizados, el control de cambio fue abandonado y el crédito a la pequeña y mediana industria fue drásticamente recortado. El segundo objetivo fue consumado a través de la transferencia de recursos al sector agropecuario mediante una sucesión de

devaluaciones. Políticas tan antagónicas a los intereses de las masas eran, por obvias razones, irrealizables por la vía de la democracia representativa. El fraude electoral, a través de la proscripción del peronismo, se convirtió en la base de toda la política argentina.

Las consecuencias de esta liberalización de la economía argentina no fueron, sin embargo, las esperadas por sus promotores. En lugar de eliminar las “industrias artificiales” y provocar el retorno de la Argentina pastoral del Centenario¹, ello trajo un incremento absoluto de las inversiones del capital extranjero en la industria. En esa dirección, un nuevo sector adquirió importancia, oponiéndose tanto a la oligarquía agrícola exportadora como a la burguesía industrial que había emergido como resultado de la sustitución de importaciones². Llegado un punto determinado de su desarrollo, los intereses del capital internacional se volvieron incompatibles con la política económica que había prevalecido, particularmente durante el gobierno de Illia, y con la inestabilidad financiera y política inherente en el régimen neo-oligárquico. La consecuencia de ello fue el golpe militar de 1966, encabezado por el Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas, General Juan Carlos Onganía.

2. El advenimiento del capital monopolista

Desde ese momento, el control del Estado argentino estuvo en las manos del gran capital monopolista, cuyo núcleo fue forjado por las empresas norteamericanas. Este cambio modificó radicalmente las contradicciones que definían a la sociedad argentina. Durante la sustitución de importaciones del período peronista, la tradicional oligarquía y sus sectores satélites fueron confrontados por un Estado nacionalista –con base en el ejército y en los sindicatos– que alentó el crecimiento de una industria autónoma con la confiscación de una proporción sustancial de las rentas agrícolas. Por el contrario, hoy en día la principal contradicción es la que opone el gran capital monopolista con las clases populares afectadas por su expansión. La industrialización en sí misma no es una estrategia anti-imperialista suficiente, como mostraría cualquier análisis de las tendencias fuertemente industrializadoras del régimen presente. La mecánica aplicación de esquemas del pasado –oligarquía más imperialismo es igual a estancamiento agrícola monoproducción– es caer en la trampa política e ideológica del gran capital: el régimen presente ha intentado crear un apoyo populista precisamente sobre este malentendido, atribuyéndose un rol industrializador que intenta por sí mismo superar la dicotomía entre peronismo y antiperonismo. Las organizaciones tradicionales –partidos y sindicatos– encontraron una gran dificultad de adaptación al cambio en la estrategia que demandaba la nueva situación. El resultado fue que se mantuvieron impotentes e inertes durante tres años del poder arbitrario del régimen de Onganía. Los eventos de mayo de 1969, que culminaron en la explosión de Córdoba, se desplegaron por fuera de todo el marco político tradicional. La importancia de este brote de mayo es que el mismo constituyó la primera respuesta *política* a la nueva coyuntura e indicó la dirección de futuras luchas de masas en Argentina.

El cambio decisivo en la economía argentina desde los cincuenta en adelante fue la penetración de la industria por el capital imperialista. En contraste con la temprana época de la dominación del imperialismo británico (Argentina estuvo bajo la esfera imperial británica hasta la Segunda Guerra Mundial), la inversión era ahora direccionada hacia los sectores productivos básicos. En la fase de la dominación británica, el capital extranjero estuvo orientado primariamente sobre el comercio, finanzas, obra pública y préstamos gubernamentales, mientras que el sector de la producción física –agricultura–

¹ Esto no es una simple metáfora. Desde 1955 ha sido el objetivo económico de la oligarquía argentina. Alberto Hueyo, un “economista” de la vieja escuela, sostuvo que los problemas de la Argentina no eran económicos sino demográficos, ya que su economía agraria era admirablemente adecuada para alimentar a 10 millones de habitantes: el único problema era que la población era el doble. Su malthusianismo fue, por supuesto, imposible de poner en práctica. Pero esto no significa que sus partidarios no fueron lo suficientemente influyentes social y políticamente para exigir medidas que desorganizaron la economía, derrocaron gobiernos y condujeron al país a la inestabilidad que experimentó hasta 1966.

² Con Perón, el IAPI (Instituto Argentino de Promoción del Intercambio) tenía el monopolio del comercio exterior. Su política era comprar productos agrícolas a precios bajos y venderlos en el mercado mundial a precios más altos. El superávit así creado se transfirió al Banco Industrial, creado en 1944, que lo utilizó como crédito para la pequeña y mediana industria. Esto financió la expansión de una burguesía nacional que estaba directamente ligada al crédito del Estado.

se mantuvo en manos de una clase terrateniente indígena. La presente fase, por otro lado, se caracteriza por inversiones norteamericanas de gran escala en un sector industrial que ha llegado a predominar completamente dentro la economía. Este desarrollo, de hecho, no se limita a la Argentina sino que se encuentra en toda Latinoamérica, donde ha habido notoriamente desde hace dos décadas una creciente monopolización de la industria por el capital norteamericano.

Las principales características de esta expansión son bien conocidas. Entre 1951 y 1963 los Estados Unidos exportaron 11.000 millones de dólares de capital neto a largo plazo hacia América Latina. Dos tercios de esa suma eran inversiones privadas, la mayoría de inversión directa. Esta última creció a un ritmo vertiginoso: 2.700 millones de dólares en 1943, 4.400 en 1950 y 8.200 millones en 1961. La acompañó un alto grado de concentración. En 1950, 300 empresas con un capital de explotación de 50 millones de dólares controlaban el 90 por ciento de las inversiones norteamericanas en Latinoamérica. Más todavía, estas inversiones eran también muy concentradas por región. Un cuarto del continente recibía tres cuartos del capital saliente. Por último, los sectores principalmente implicados eran enclaves extractivos de gran importancia estratégica –sobre todo, por supuesto, petróleo– o monopolización del sector industrial creado en los más avanzados de estos países por los procesos de sustitución de importaciones.

Argentina pertenece notoriamente a los de la última categoría. Las inversiones norteamericanas fueron modestas y estacionarias entre 1929 y 1950. De ahí en adelante, incrementaron constantemente. Desde 81 millones entre 1951 y 1955, crecieron a 196 millones en 1956-60 y superaron los 300 millones entre 1961-62. El cambio crucial ocurrió en 1955, cuando cae Perón y la liberalización de la economía que le siguió produjo una precipitación masiva del capital norteamericano. De hecho, la mayor cantidad del enorme incremento de inversiones norteamericanas en Latinoamérica en la segunda mitad de los cincuenta derivó solo hacia cuatro países: Argentina, Venezuela, Panamá y Cuba. Es así que el total de las inversiones norteamericanas en 1951-55 fue de 750 millones; en 1956-60 se disparó hasta u\$s3.332. Estos cuatro países absorbieron 661 millones en los primeros cinco años, y 2200 en los próximos cinco años –compartían la suba del 38% al 66% del total–. Durante los mismos años, Brasil, México y Argentina, acumularon el 70 por ciento de los préstamos públicos del Eximbank, y solamente Argentina y Brasil el 75% de los préstamos y subsidios otorgados bajo los programas de Seguridad Mutua.

El capital norteamericano de esa manera pasó a dominar rápidamente las inversiones extranjeras en Argentina, como puede verse en la tabla de la página siguiente:

Inversiones Extranjeras en Argentina (diciembre 1958-Diciembre 1961). Millones de dólares. País y Rama de Industria

EEUU	193.21	Productos Químicos	118.04
Suiza	49.48	Automóviles	96.73
Reino Unido	31.75	Metales no ferrosos	44.37
Holanda	26.25	Refinería de Petróleo	28.93
Alemania Occ.	25.11	Maquinaria	26.57
Canadá	22.10	Transporte Marítimo	10.25
Italia	18.15	Otros	62.51
Francia	11.18		
Panamá	3.56		
Otros	6.60		
Total	387.40	Total	387.40

(Fuente: Banco de Londres y Sudamérica: *Fortnightly Review*, 30 Dic. 1961)

Las inversiones del capital norteamericano en la industria argentina crecieron desde 161 millones de dólares al comienzo de este proceso, hasta 617 millones para 1965. Entre 1960 y 1965 el

PBI se incrementó en un promedio de 2,8 por ciento anual, mientras la producción industrial crecía al 4,1 por ciento. Durante el mismo período, las ventas de sucursales de firmas norteamericanas en Argentina registraron un incremento de no menos del 24 por ciento. La importancia de este cuadro puede verse en una comparación entre los otros países de grandes inversiones norteamericanas en Latinoamérica: las ventas de estas subsidiarias crecieron 6,4 por ciento en Brasil, 13 por ciento en México y 14 por ciento en Venezuela, contra los crecimientos de producción industrial del 4,9%, 8% y 9,4% respectivamente³. Para 1968, el total de inversiones en Argentina totalizó no menos de 1148 millones.

Este no es el espacio para analizar las causas internacionales de este fenómeno. Pero los principales procesos a los cuales se vincula son evidentes: 1) La revolución tecnológica de las décadas recientes ha mostrado que, más allá de un punto crítico dado, los aumentos en el capital constante elevan la productividad del trabajo más que proporcionalmente a la disminución del capital variable dentro de la composición orgánica del capital como una totalidad. En el pasado, las industrias con una composición orgánica baja de capital y empresas con una explotación pre-capitalista del trabajo en las regiones periféricas, jugaron un rol sustancial en la producción de un alto nivel de rentabilidad para el capitalismo mundial⁴. Hoy en día esta super-explotación del capital variable ya no es necesaria –y es antieconómica la perpetuación del tipo de empresa basada en formas pre-capitalistas. 2) Consecuentemente, la relativa importancia de los países periféricos (del llamado “Tercer Mundo”) como un campo de inversión para el capital monopolista norteamericano ha declinado, y la importancia de los países centrales ha crecido. En la última década, por ejemplo, el capital norteamericano ha bajado la proporción relativa de sus inversiones en América Latina y las acrecentó masivamente en Europa. Sin embargo, incluso habiéndose disminuido relativamente las inversiones norteamericanas en América Latina, han crecido en volumen absoluto, y –lo que es más importante– han introducido el cambio *cualitativo* fundamental al que nos hemos referido más arriba. Dirigidas a través de la monopolización del sector industrial de los países del capitalismo periférico, han introducido sustanciales economías de escala. 3) La alianza del capital imperialista y la oligarquía tradicional local ha tendido a romperse como consecuencia, especialmente desde que la ausencia de cambios en el sector agrícola cierra potenciales mercados para los productos de los grandes monopolios industriales. Por estas razones, el capital imperialista ha promovido algunas reformas estructurales necesarias para su propia expansión, incluso cuando por esto han encontrado oposición en la antigua clase dominante local.

La penetración del capital extranjero en el sector industrial ha revelado la forma característica de su situación dependiente: la tasa de crecimiento de sus economías dependen de la tasa de crecimiento de los fondos disponibles para inversión. El deterioro internacional en los términos del comercio constantemente tiende a reducir el tamaño de los recursos invertibles, mientras que las políticas proteccionistas del comercio sostenidas por los países del capitalismo avanzado bloquean el desarrollo de exportaciones que no sean de los productos primarios tradicionales. La consecuencia ha sido un freno al crecimiento industrial autónomo y un intento de remediar este estancamiento a través de una masiva afluencia de capital extranjero. Ahora, como hemos visto, las inversiones imperialistas en la industria involucran la introducción de unidades productivas con un alto nivel técnico. Esto ha llevado a los siguientes cambios fundamentales en las economías de Latinoamérica: 1) la liquidación de la pequeña y mediana industria que había emergido durante el período de sustitución de importaciones; 2) un declive de la capacidad del sector industrial para incorporar trabajo. Entonces existen dos alternativas básicas para Latinoamérica. *Si los objetivos del capital monopolista prueban su viabilidad, generarán un sistema económico renovado con una gran capacidad para promover la integración social, produciendo una nueva clase media y aceptables niveles de empleo. Esto permitirá una parlamentarización del poder político y tomará a los regímenes domésticos no muy diferentes a aquellos de las democracias imperialistas burguesas. Si, por otro lado, la expansión monopólica promueve la integración social con menos rapidez que la destrucción del viejo orden, entonces solo creará un crecimiento de la oposición de masas, un estrechamiento de la base social del poder político capitalista y en consecuencia un endurecimiento de la represión en general.*

3 Celso Furtado, *Formação econômica de América Latina*, Rio de Janeiro, 1969.

4 Cfr. Ernesto Laclau, “Modos de producción, sistemas económicos y población excedente. Aproximación histórica a los casos argentino y chileno.” *Revista latinoamericana de Sociología*, N°2, 1969.

3. El régimen de Onganía y su estrategia

Dentro de esta perspectiva internacional, que repone a Latinoamérica como una totalidad, Argentina presenta características especiales. En primer lugar, porque en Argentina no existe “problema agrario” que pueda ser resuelto por reformas que tornen un campesino sin tierra en una base social para la expansión monopólica. En segundo lugar, la sustitución de importaciones fue más intensa en Argentina que en cualquier otro lugar de Latinoamérica. Incluso este sector no fue solo un enclave, sino que dominó grandes porciones de población, de importancia social, política y económica. Finalmente, Argentina posee el movimiento obrero de mayor fortaleza en Latinoamérica con una poderosa organización desplegada en todo el país: este es el motivo por el cual una política económica que lleve al desempleo se encontrará con una fuerte oposición de la clase obrera movilizadora por los sindicatos. Estas tres circunstancias se combinaron para acortar el período en el cual el imperialismo tendrá que desarrollar sus capacidades para la integración social. Si estas no se desarrollan y en su lugar hay un aumento en la falta de equilibrio subyacente en el sistema, entonces crecerá la oposición tanto de la oligarquía tradicional como de las masas populares.

El plan económico del régimen de Onganía era muy simple⁵. Estaba diseñado para frenar la inflación, en tanto esto era una precondition indispensable para la planificación de largo alcance que necesitaban las grandes compañías. Para conseguir esto, tuvo que darse un congelamiento de salarios (esto fue operativo desde 1967) y una devaluación (para alentar las exportaciones industriales en el largo plazo, y para resolver el problema de la falta de reservas del Banco Central en el corto plazo). A los fines de evitar que la devaluación se convierta nuevamente en una transferencia de recursos para el sector agrícola, parte de los fondos acumulados por la exportación de productos tradicionales fueron desviados por el gobierno, y se impuso un impuesto sustancial sobre la tierra. Los objetivos estabilizadores del Plan consiguieron un éxito notable, ya en 1968: en los primeros nueve meses del año los precios subieron solo un 3 por ciento por encima del nivel de diciembre de 1967, mientras que en el mismo período del año anterior se habían incrementado un 18,5 por ciento⁶. Otras medidas para favorecer la expansión de la de las grandes firmas fueron la reducción de tarifas, racionalización de puertos, eliminación de los controles de alquiler y arrendamientos rurales, y las modificaciones de la ley que rige las cooperativas de crédito.

La premisa de esta estrategia fue una aceptación que inicialmente sería políticamente impopular, en tanto que, simultáneamente, quebraría las bases de la pequeña y la mediana empresa y así antagonizar a la clase media, mientras que a su vez provocaría desempleo obteniendo así la oposición de la clase obrera –sin lograr por otra parte la aprobación de la oligarquía tradicional. Esta constelación rindió una total concentración del poder en manos del Ejército necesariamente. Pero se esperaba que la nueva política económica creara subsecuentemente las condiciones para un flujo masivo del capital extranjero, que tendería a generar nuevas clases medias burocráticas en lugar de la tradicional pequeña burguesía independiente, y restaurar el pleno empleo. Por este camino, reemergería una base social de apoyo al régimen militar, y éste podría gradualmente ceder el poder en la medida en que los principales partidos políticos adoptaran desde ese momento objetivos meramente redistributivos en el marco de una estructura económica ahora universalmente aceptada y plenamente desarrollada. Así, los pronunciamientos militares oficiales siempre declaraban que la “revolución” duraría 10 años y se desarrollaría en tres fases: primeramente, una fase económica, luego una fase social y por último una fase política.

Sin embargo, el régimen militar no recibió un lapso tan generoso de tiempo histórico. Dentro de los tres años de su instauración, explotaron los eventos de mayo de 1969. Para explicar la génesis de estos eventos, ahora es necesario analizar el impacto de los planes del régimen militar monopolístico en el democratismo de la pequeña burguesía y el populismo nacionalista de la clase trabajadora. Porque, en efecto, creó la unidad entre estas dos tradiciones centrales, con sus muy diferentes matrices, por

⁵ Cfr. el trabajo de Oscar Braun, *Características de la evolución del capitalismo monopolista en el caso argentino*. Buenos Aires, Centro de Investigaciones Económicas, Instituto Torcuato di Tella, 1969 (mimeógrafo). Este es el mejor análisis marxista hasta hoy de las políticas económicas del actual régimen militar argentino.

⁶ *Socio-Economic Progress in Latin America*, Eighth Annual Report 1968, Inter-American Development Bank.

primera vez en la historia argentina moderna.

4. Liberalismo y populismo

El liberalismo en América Latina sirvió clásicamente a las oligarquías locales como la justificación ideológica para integrar las economías de sus países –extracción de materia prima monoproduktiva– en el mercado mundial. Si el liberalismo europeo fue la expresión de la lucha del capitalismo expansivo contra un orden feudal, en América Latina paradójicamente se convirtió en la cobertura teórica para la penetración imperialista, y sirvió para reforzar los enlaces feudales de las oligarquías y el capital extranjero en su búsqueda de una mayor producción para el mercado mundial. Mientras que la superficie comercial de estas sociedades latinoamericanas parecía “moderna”, ésta ocultó el atraso profundo en la producción propiamente dicha.

Dentro de este marco, repetido monótonamente a lo largo de América Latina, Argentina ocupa un lugar especial. Primero, durante su época de crecimiento de las exportaciones (1860-1930), carecía de un campesinado super-explotado como complemento normal de las riquezas oligárquicas. Segundo, el diferencial de la renta cedida por la fertilidad de las llanuras de las pampas tendió, en un período de aumento de la demanda de materias primas en el mercado mundial, a generar un volumen de riqueza desproporcionado respecto de las fuerzas productivas del país. La expansión de la renta jugó así, en términos de crecimiento económico, un papel equivalente a la acumulación de capital en los países imperialistas.⁷ Esta conjunción privilegiada le dio a la oligarquía argentina una capacidad distributiva faltante en otras oligarquías latinoamericanas; la consecuencia fue que se probó como posible la introducción de reformas para beneficiar a las clases medias dentro del marco institucional heredado de la oligarquía. Así los diferentes grupos antioligárquicos que surgieron hacia el final del siglo XIX cuestionaron el monopolio de la renta por parte de la oligarquía, pero no cuestionaron la orientación económica básica del país como agroexportador. Esto era cierto tanto del movimiento radical, que buscaba redistribuir el ingreso hacia las clases medias, como de los socialistas, anarquistas y otros movimientos de la clase obrera, todos los cuales compartían la ideología de libre comercio de la oligarquía dominante.

Juan B. Justo, fundador y líder del Partido Socialista, era un perfecto ejemplo de este punto de vista. La expansión imperialista fue presentada por él como la marcha del progreso y la civilización sobre el salvajismo nativo; saludó la intervención militar norteamericana en el Caribe y la explotación colonial británica de África como triunfos de la civilización. Se opuso a toda política proteccionista que defendiera la industria. Durante la primera Guerra Mundial, pidió el ingreso de Argentina en el bando aliado⁸. El Partido Socialista en consecuencia se redujo a un enclave en Buenos Aires y otros pocos centros costeros, y a un pequeño grupo parlamentario. En otros países latinoamericanos, por el contrario, los límites estrechos de la renta agraria bloquearon las posibilidades de cualquier política distributiva por las oligarquías locales. El resultado fue que los esfuerzos de las nacientes clases medias para democratizar el sistema, tarde o temprano las llevó a desafiar las reglas del orden económico en su totalidad. Resultado de esto también fue que las aspiraciones democráticas del jacobinismo pequeñoburgués se disociaron del liberalismo y se fusionaron con la ideología nacionalista y populista. El primer período del APRA en Perú ejemplifica esta trayectoria. En Argentina, por el contrario, una vez que las reformas exigidas por la clase media se lograron en el marco del sistema oligárquico bajo los gobiernos radicales de Yrigoyen y Alvear (1916-1930), resultó durante un largo período una compatibilidad estructural entre liberalismo y democracia. Desde que las nuevas clases proletarias y medias no pudieron proponer un derrocamiento material del sistema oligárquico, se limitaron a sí mismas para exigir solo una democratización del poder político y una distribución de ingresos más

⁷ Véase mi artículo citado arriba en el cual esta hipótesis es desarrollada por completo.

⁸ Con modificaciones en la terminología, si no en su sustancia, el Partido Comunista más tarde defendió el mismo punto de vista; alegó que la extensión del imperialismo británico y la victoria de la elite liberal representaron una etapa progresiva en el triunfo de la burguesía sobre el orden feudal. Prolongado al presente y combinado con la defensa de una revolución democrático-burguesa, este punto de vista llevó inevitablemente al sistema de alianzas del PC.

amplia, el "democratismo" formal se convirtió a partir de entonces en la característica ideológica más prominente tanto de la clase media como del viejo proletariado.

La década de 1930 introdujo cambios sustanciales en esta constelación. La reestructuración del mercado mundial y el deterioro en los términos del comercio que siguió a la Gran Depresión, terminaron con el rol de la expansión rentística como estímulo para el crecimiento económico. El resultado fue que la oligarquía ya no podía permitir las políticas distributivas del período radical: para mantener sus privilegios intactos, suprimió todas las formas democráticas e intentó resolver la crisis a costa del resto del país. Los gobiernos militares de los Generales Uriburu y Justo encarnaron esta estrategia. Se desarrolló una doble oposición a estos regímenes oligárquicos de emergencia. Por un lado, los viejos partidos liberales de oposición, liderados en este período por la prestigiosa figura de Lisandro de la Torre, creen que el conflicto podría reducirse a un desplazamiento de la oligarquía restauradora del gobierno. La Unión Cívica Radical, el Partido Demócrata Progresista, el Partido Socialista y el Partido Comunista –bien equipado para esta estrategia por la política del Frente Popular de la *Comintern*– constituyen hasta 1945 una más o menos informal “unión democrática” que continuó intentando democratizar las estructuras del Estado liberal desde adentro, sin observar que la base de este Estado –la orientación agroexportadora del país– estaba condenada a muerte.

Por otro lado, surgió un tipo de oposición diferente. Un grupo de intelectuales aislados –Raúl Scalabrini Ortiz, Arturo Jauretche y el grupo FORJA– entendió que cualquier solución progresiva de la crisis era incompatible con la continuidad de la existencia de los Estados Liberales. De ellos surge la tradición política del nacionalismo populista con sus tres componentes fundamentales. Primero, un rechazo del liberalismo en tanto cobertura ideológica para la penetración del capital británico en el país: el carácter económico dependiente de Argentina fue particularmente visible en los años difíciles que siguieron a la Gran Depresión. Segundo, una afirmación de la necesidad de un crecimiento industrial autónomo basado en la expropiación de la riqueza de la oligarquía, en lugar de la tradicional orientación a la exportación agrícola de la economía argentina. Tercero, una estimación –vindicada por los eventos– del tipo de poder político capaz de implementar tales cambios: un ejército nacionalista en alianza con los sindicatos. Las características de la dramática confrontación de 1945 son bien conocidas. Por un lado estaba la Unión Democrática de todos esos viejos sectores de la Argentina de agroexportadora que habían luchado por la democratización interna del sistema oligárquico, que ahora se precipitaban para defenderlo una vez que su existencia misma estaba en cuestión. Los núcleos principales de la izquierda argentina, los Partidos Socialista y Comunista, participaron en la Unión Democrática como el ala izquierda de un frente oligárquico.⁹ Por el otro lado, todos los grupos sociales vinculados a la producción interna local, que se habían desarrollado desde la década de 1930 como resultado de las políticas de sustitución de importaciones, apoyaron el programa nacionalista del Ejército. Sobre todo, la nueva clase trabajadora, que había brotado volcánicamente a la escena política desde el inicio de las movilizaciones a gran escala de Octubre de 1945, constituyó la principal base de masas del nuevo régimen peronista.¹⁰

La izquierda y el movimiento estudiantil permanecieron a distancia, dentro del bloque oligárquico. Organizaciones creadas para apoyar a los Aliados en la Segunda Guerra Mundial, como la

⁹ El apoyo crítico del peronismo por parte de los sectores de la izquierda fue prácticamente nulo durante estos años. Las únicas excepciones significativas fueron la revista trotskista *Octubre*, cuya figura principal fue Jorge Abelardo Ramos, y un grupo escindido del Partido Comunista bajo el liderazgo de Rodolfo Puiggrós.

¹⁰ La tesis tradicional ha sido que la expansión de la industria manufacturera entre 1930 y 1945 condujo a la creación del nuevo proletariado como resultado de migración de las áreas agrícolas del interior a los centros industriales de la costa. Hasta 1930, la mayor parte de la industria era artesanal y un gran porcentaje de la clase trabajadora era extranjero, como resultado de la inmigración a gran escala. El proletariado formado entre 1930 y 1945 se dice que ha constituido la base de masas para el peronismo y haber sido numérica y políticamente más importante que la antigua clase trabajadora que formó la base para los Partidos Comunista y Socialista. En un estudio reciente (*El Movimiento obrero en los orígenes del peronismo*, abril de 1969) Juan Carlos Portantiero y Miguel Murmis, aunque no niegan la importancia del nuevo proletariado, intentan demostrar que el apoyo sindical original para Perón provenía del viejo liderazgo de la clase trabajadora. Este estudio es una valiosa contribución a la comprensión del ascenso del peronismo, pero no refuta sustancialmente la tesis tradicional. La consolidación de los sindicatos industriales, que era la principal característica de la política sindical peronista, y la integración de los sindicatos en el aparato del Estado nacionalista, hubiera sido imposible sin la participación del nuevo proletariado.

Junta de la Victoria en la que los comunistas y los miembros del Partido Conservador fueron igualmente activos, luego se volvieron en la principal fuerza de asalto contra el peronismo. La Unión Democrática pidió en 1945 a las Naciones Unidas el desembarco de tropas para asegurar su victoria. La tradición de la democracia liberal y la coyuntura internacional de 1945, que hizo que el conflicto nacional dentro de Argentina pareciera ser un momento de la lucha internacional entre la “democracia” y el “fascismo”, predispuso a la izquierda a esta elección¹¹. Las consecuencias fueron dos: 1) el jacobinismo revolucionario de la pequeña burguesía se disoció de las masas proletarias; 2) la nueva clase obrera comenzó su iniciación política por fuera tanto de las tradiciones democráticas de las clases medias como de las tradiciones internacionalistas del movimiento socialista.

Este *antagonismo* entre el estandarte democrático y el estandarte nacional (en el sentido leninista), entre el sindicalismo y el socialismo, entre trabajadores y estudiantes, fue una expresión de la contradicción más profunda entre la integración de las clases medias en un frente oligárquico y la participación de la clase obrera en la emancipación de la burguesía nacional ensayada por el peronismo. La lenta trascendencia de este antagonismo ha sido el proceso central de la última década y media de la historia argentina.

5. La década de la convergencia

Los 10 años que siguieron al peronismo prepararon el terreno objetivo para reemplazar esta tradicional antinomia. En 1955, las clases medias todavía formaban parte del bloque oligárquico que derrocó a Perón. Los Partidos Socialista y Comunista, y los estudiantes, recibieron su parte del botín. La autonomía universitaria por administración tripartita (graduados, estudiantes y profesores) fue garantizada a los estudiantes; los socialistas y comunistas fueron nombrados consejeros de los militares en casi todos los sindicatos. Esto ocurrió mientras miles de líderes sindicales –desde los delegados de fábrica hacia arriba– estaban impedidos por ley para el ejercicio de sus funciones, la policía fusilaba brutalmente a militantes en los basurales de José León Suárez, la tortura era generalizada como nunca en la vida del país, y comandos civiles de extrema derecha cometían asesinatos y depredaciones con total impunidad. El gobierno, mientras tanto, estaba dando la bienvenida al capital monopolista internacional al país y una nueva generación de militantes de la clase obrera estaba emergiendo en las duras condiciones del subsuelo laboral. El abismo parecía más profundo que nunca en esos años. Sin embargo, la historia estaba creando lentamente las condiciones para un nuevo polo de reagrupamiento popular, que finalmente permitiera que el antagonismo entre la clase media y el proletariado se superara. La rápida monopolización de la industria, después de la liberalización económica de la Restauración de Septiembre, socavó las bases de la pequeña burguesía independiente, la tradicional forma de existencia de las clases medias en Argentina. En la medida en que el nuevo sistema se mostró incapaz de reabsorber estos sectores en declive, la posición de las clases medias se deterioró. El resultado fue una radicalización política de este grupo que hizo cada vez más difícil mantenerlo dentro del bloque oligárquico dominante formado en 1955. Ahora comenzó a girar hacia una alianza popular cuyo eje básico solo podía ser la clase trabajadora. Al hacerlo, finalmente fueron más allá de los límites del liberalismo y comenzaron a comprender el significado histórico del peronismo. Al mismo tiempo, el desempleo en aumento, causado por los largos períodos de recesión y la instalación de grandes empresas de capital intensivo con un alto rendimiento tecnológico, eliminó el margen de maniobra de los sindicatos y los obligó a ir más allá del mero economicismo recurriendo cada vez más a las movilizaciones de la clase trabajadora. En estas condiciones, el movimiento obrero solo podría volverse políticamente efectivo como el núcleo organizado y la vanguardia de todas las masas populares. El resultado fue que entonces comenzó a tomar conciencia de sus propios objetivos revolucionarios. Se debe agregar inmediatamente que este proceso fue extremadamente lento y complejo, y produjo fenómenos muy diferentes aunque convergentes. Los cambios más significativos dentro de las clases

¹¹ El nacionalismo populista, representado más vigorosamente por el periódico *Reconquista* editado por Scalabrini Ortiz, apoyó la neutralidad argentina en la guerra. En la izquierda, solo el trotskismo denunció la naturaleza inter-imperialista de la guerra para Argentina -una posición que permitió a ciertos sectores trotskistas liberarse de los mitos clásicos de la izquierda e intentar el primer análisis objetivo de la naturaleza del régimen peronista.

medias fueron: (i) las divisiones sucesivas dentro de los Partidos Socialista y Comunista (ii) la proliferación de nuevos grupos y movimientos sectoriales de cierta importancia numérica –un fenómeno desconocido a comienzos de los años 60 (iii) la radicalización de la opinión católica, que también dio lugar a un gran número de agrupaciones (iv) la formación de fracciones juveniles izquierdistas dentro del Radicalismo del Pueblo (v) la alineación de los sindicatos estudiantiles con las movilizaciones de la clase trabajadora.¹² Se pueden observar tres fases distintas en este proceso: primero, la crítica interna dentro de las organizaciones ya constituidas; segundo, lo que podría llamarse *radicalización en el vacío* –una ruptura con el liberalismo acompañada, sin embargo, por hábitos antiperonistas que impedían cualquier alianza sólida con la clase obrera y, en consecuencia, producían diversas formas de ultraizquierdismo abstracto–; tercero, una radicalización concreta centrada en un cuestionamiento de la tradición liberal en su totalidad y el papel histórico del peronismo. Esta última fase se desarrolló rápidamente después de 1966; la intervención militar en las universidades y la represión política fuera de las mismas naturalmente aceleraron la opción del movimiento estudiantil por la unidad de acción con los sindicatos.

Para la clase trabajadora, las limitaciones del sindicalismo simplista se hicieron evidentes en 1962, cuando se produjo una recesión económica particularmente aguda. En los años siguientes se organizaron varias campañas planificadas de lucha en las que el movimiento obrero actuó -o intentó actuar- como la columna vertebral de todos los grupos sociales afectados por la crisis. Durante este período, la principal figura del sindicalismo fue Augusto Vandor, secretario general de la Unión Obrera Metalúrgica durante 11 años. Sus políticas reflejaban tanto la fuerza como la debilidad del empirismo sindical argentino. La visión de Vandor se formó en un período en el que la mera presión sindical era suficiente para asegurar convenios colectivos ventajosos; así se acostumbró a ver el sindicalismo como un fin en sí mismo. Cuando la crisis económica comenzó a limitar su libertad de maniobra, puso en marcha movilizaciones políticas de la clase trabajadora para alcanzar objetivos economicistas. De ahí la ambigüedad fundamental de su papel. Vandor era esencialmente un sindicalista que no desafió al sistema político; pero para ser un sindicalista en un país dependiente, en donde la monopolización de la industria estaba causando un aumento en el desempleo, tuvo que recurrir a campañas políticas para el logro de sus objetivos económicos restringidos. Por esta razón, a lo largo de su carrera, fue confrontado por una oposición derechista que intentó sacrificar intereses sindicales para llegar a un acuerdo con el gobierno, y una oposición de izquierda que intentó llevar la lucha política hasta sus últimas consecuencias. Pero fue precisamente aquí donde se encontraba la limitación central del papel de Vandor. Después del golpe de estado de 1966, cuando una mayor politización del movimiento obrero era tanto posible como imperativa, su renuencia a abandonar los métodos tradicionales lo convirtió en un freno objetivo. El proletariado argentino entraba entonces en una fase completamente nueva.

En tanto el efecto de las políticas de racionalización del régimen era atacar los logros tradicionales de la clase obrera, por lo tanto, daba a las tendencias militantes preparadas para los enfrentamientos con el régimen una mayoría dentro de los sindicatos. En 1968, el vandorismo perdió el control del congreso de la CGT. La CGT se separó rápidamente. Un sector, bajo el liderazgo de Raimundo Ongaro, ahora formaba la CGT de los Argentinos en oposición directa al gobierno. El resto creó una federación rival vandorista. Dentro de esta última, un grupo de sindicatos –Luz y Fuerza, Textiles, Vestido y otros– posteriormente se separó para formar una tendencia llamada “participacionista” que colaboró abiertamente con la dictadura.

El régimen militar había antagonizado simultáneamente con la tradición democrática de las clases medias y la tradición populista del movimiento obrero, y potencialmente creó las condiciones para su alianza. En estas circunstancias, cualquier incidente podía generar un conflicto de una magnitud nueva e inesperada.

¹² La primera división en el Partido Socialista tuvo lugar en 1958 y resultó en el extremo-derechista Partido Socialista Democrático y el Partido Socialista Argentino. Esta última era una alianza entre el antiguo liderazgo centrista socialdemócrata y la juventud del partido que rápidamente giró hacia la izquierda. Una división adicional en 1961 produjo el Partido Socialista Argentino de Vanguardia, que entre 1962 y 1963 se fragmentó en una serie de grupos. El Partido Comunista, después de una división inicial en 1963, sufrió una importante escisión en 1967 con la creación del Partido Comunista Revolucionario, actualmente la fuerza más importante de la izquierda.

6. La explosión de mayo del 69: Rosario y Córdoba

Hacia fines de 1968, el Comedor estudiantil de la Universidad del Nordeste se concesionó a privados. El año siguiente, el precio de una comida se elevó de 27 a 172,50 pesos, el equivalente a un aumento del 537 por ciento. Las manifestaciones de protesta estudiantil comenzaron de inmediato y fueron, al principio, reducidas a las provincias de Chaco y Corrientes, las que se vieron directamente afectadas por la disputa. El 15 de mayo, la policía reprimió violentamente una manifestación en la que un estudiante, Juan José Cabral, es asesinado a balazos. Al amanecer del día 16, la CGT de Corrientes declaró una huelga general de protesta que entró en operación desde las 10 a.m. en ese día. Por la tarde, 12.000 personas marcharon en protesta desde el edificio de la CGT. La unidad de acción entre trabajadores y estudiantes había surgido naturalmente: entre la Coordinadora Estudiantil de Lucha (compuesta por varias agrupaciones estudiantiles) y la dirigencia sindical había un acuerdo total. La manifestación, además, se organizó con el apoyo de profesores universitarios, empresarios y patrones; las tiendas bajaron sus persianas en solidaridad; sectores de la Iglesia se unieron. Todos los grupos fueron unánimes al condenar la represión policial y criticar a la administración de la universidad.

A partir de ese momento, el conflicto se extendió rápida e inesperadamente por todo el país. El día 16 hubo intentos de organizar manifestaciones en Córdoba, La Plata y Rosario. El día 17, el centro de la lucha se trasladó a Rosario. Desde el mediodía en adelante, manifestaciones relámpago golpearon la ciudad. Luego, poco después, en una movilización masiva, la policía asesinó a un estudiante, Adolfo Ramón Bello. El sistema de alianzas y apoyo popular que se vio por primera vez en Corrientes ahora surgía en Rosario: la CGT local apoyó la "Marcha del Silencio" convocada para el 21 de mayo. Ese día los eventos explotaron más allá de toda expectativa: una masa de trabajadores, estudiantes y empleados se apoderaron físicamente del centro de la ciudad y levantaron barricadas, que defendieron con cócteles de Molotov, piedras y todo lo que tenían a mano para repeler los bombardeos de gases lacrimógenos de la policía. Un grupo de manifestantes ocupó la estación de radio local durante media hora; al salir, se encontraron con una lluvia de disparos de la policía en la que murió Luis Norberto Blanco, un trabajador de 15 años.

La policía, mientras tanto, se mostró incapaz de controlar la situación en la propia ciudad. Al amanecer del 22, el ejército intervino. El comandante del Segundo Cuerpo de Ejército, el general Roberto Fonseca, declaró a Rosario una "zona de emergencia" y estableció tribunales marciales para juzgar a los infractores. El mismo día, la lucha nuevamente llevó a un resultado inesperado: un plenario intersindical acordó unificar la CGT local y convocar a una huelga en protesta para el día siguiente, y exigió que las dos centrales sindicales nacionales superaran sus diferencias y declararan una Huelga General. De hecho, las dos centrales nacionales por separado llamaron a una huelga general para el 30 de mayo. En la semana anterior, el gobierno se había encontrado progresivamente aislado y desacreditado a los ojos del país. La agitación estudiantil continuó: hubo enfrentamientos violentos en La Plata, Tucumán, Córdoba, San Juan y Salta. Los partidos políticos condenaron unánimemente la represión y culparon al gobierno de la responsabilidad de los eventos. Varias organizaciones eclesásticas y grupos de sacerdotes se pronunciaron abiertamente contra el gobierno, contradiciendo las declaraciones del Ministro del Interior Borda de que las manifestaciones habían sido "organizadas por agitadores extrema izquierda". El sector colaboracionista de los sindicatos intentó oponerse a la ola abrumadora de sentimiento antigubernamental, pero sin éxito: una apelación titulada "Por qué no paramos" por el sindicato de obreros de la construcción tuvo tan poco efecto en los propios miembros del sindicato que la mayoría de ellos se unió espontáneamente al paro.

En este clima, serios enfrentamientos parecían inminentes. Sin embargo, los acontecimientos ocurridos en Córdoba el día de la huelga general anonadaron a todos los grupos políticos del país. En Córdoba, el conflicto nacional se fusionó con una movilización de la clase trabajadora local organizada independientemente por SMATA (Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor) que había comenzado el 12 de mayo contra una nueva ley aprobada por el régimen de Onganía, prohibiendo el trabajo a partir de la 1 pm los sábados hasta la medianoche de los domingos. Esta ley

amenazaba ciertas prerrogativas de la clase trabajadora en Córdoba, que es el sitio de las principales plantas automotrices del país. El 14 de mayo, una manifestación de los mecánicos y los trabajadores del transporte, dirigida por el secretario general del sindicato, Elpidio Torres, ya había sido violentamente disuelta por la policía. Esto condujo inmediatamente a una paralización general en toda la provincia, por orden de ambas organizaciones sindicales. La fusión de las luchas obreras y estudiantiles derivó en una situación particularmente electrizante allí. Ambas centrales sindicales en Córdoba decidieron que adelantarían la fecha de la huelga general convocada para el 30 de mayo, a las 11 a.m. del 29 de mayo.

El 29, grupos de trabajadores, especialmente de la planta de automóviles IKA-Renault, y estudiantes, unieron sus fuerzas en el centro de Córdoba para desatar una lucha directa contra el régimen. Los combates se produjeron en el barrio del Hospital de Clínicas, y en Alta Córdoba, Talleres y Juniors, que son barrios obreros. Se levantaron barricadas de autos incendiados. A las 3 p.m. la lucha se extendió a toda la ciudad, y la policía y la gendarmería se vieron obligadas a retirarse. El general Sánchez Lahoz, comandante del Tercer Cuerpo de Ejército, anunció que a partir de las 5 p.m. el Ejército y la Fuerza Aérea estaban al mando, y los tribunales marciales comenzaban a sesionar. La infantería aerotransportada entró en la ciudad con bayonetas fijas, rastrillando las calles con ametralladoras y bazucas. Su progreso fue, sin embargo, muy lento debido a los disparos de francotiradores sobre ellos desde los techos de los edificios. La batalla continuó durante toda la noche y hasta el día siguiente. Finalmente, el ejército logró controlar la situación, aunque continuaron los disparos esporádicos y las manifestaciones. Los tribunales marciales condenaron a prisión a más de 70 personas, entre ellos los dirigentes sindicales Elpidio Torres y Agustín Tosco, que recibieron ocho años. En Tucumán tuvieron lugar manifestaciones similares, aunque a menor escala.

El éxito de la huelga del 30 de mayo y las movilizaciones masivas que la acompañaron alteraron sustancialmente la situación política, que ahora se había vuelto muy difícil para el gobierno. El "participacionismo" sindical estaba totalmente desacreditado y la marea de sentimientos por la reunificación de las dos CGT parecía irresistible. La tendencia ongarista declaró el 5 de junio: "Hay que retroceder 10 años para encontrar un paro nacional de las dimensiones que sacudió al país el 30 de mayo; medio siglo para encontrar a la población desafiando sin miedo a los rifles en la calle, llorando sin lágrimas por su muerte. No existen otros paralelos en la historia del país: los trabajadores y los estudiantes unidos en las barricadas, en las cárceles y en la muerte, los niños apedreando las fuerzas de ocupación."

Mientras tanto, todo el establishment de los partidos liberales y la oligarquía tradicional, que habían sido los primeros sorprendidos por el tamaño de las manifestaciones, ahora salían a la superficie para exigir el poder del gobierno. Su argumento era simple: la dictadura militar había suprimido la vida política del país y sus excesos habían conducido al borde del caos; solo la restauración de un régimen parlamentario podría restaurar al país la normalidad. Editoriales en los periódicos oligárquicos *La Nación* y *La Prensa*, declaraciones políticas que van desde el Partido Conservador hasta el Partido Radical, una declaración de la Federación de Colegios de Abogados contra los consejos de guerra, eran todas señales que apuntaban en la misma dirección. En estas circunstancias, era un hombre cansado y defensivo el que apareció en la televisión el 4 de junio. Onganía reafirmó la continuidad de su política pero anunció un cambio total de gabinete y admitió por primera vez los "errores".

En el campo de la clase obrera, sin embargo, ahora había considerable perplejidad. El ongarismo había vivido su "hora más gloriosa". El aislamiento tradicional de los trabajadores con los estudiantes había sido superado. La posibilidad de la victoria en las calles contra las fuerzas de la represión había sido demostrada de manera tangible. El eje de la vida política se había trasladado al interior del país donde la CGT de los Argentinos era particularmente fuerte. Pero a pesar de toda su capacidad para movilizar a las masas, el ongarismo carecía de una estrategia política coherente en la nueva situación. Si simplemente persiguiera su movilización, ¿existía el riesgo de que se restaurara la oligarquía liberal y con ella el parlamentarismo fraudulento de principios de los años sesenta? El sector no peronista del ongarismo estaba dispuesto a correr el riesgo. La única otra posibilidad inmediata discutida al interior era presionar al sector "nacionalista" del ejército para que cambiara de rumbo en una dirección populista —una idea turbia y utópica en el mejor de los casos. Esta confusión política en un momento clave ahora comenzaba a debilitar a la CGT de los Argentinos. Su decisión de convocar

una segunda Huelga General para el 1° de julio se puede ver retrospectivamente como el momento en que comenzó a perder terreno.

Para Vandor, paradójicamente, la situación era más simple. Desde su punto de vista, el triunfo estaba casi completo. No pretendía derrocar al gobierno sino imponer la aceptación de sus condiciones: modificación parcial de las políticas económicas y aumentos sustanciales de los salarios. Dada la debilidad del gobierno, la latitud de maniobra de Vandor parecía muy grande. Así, el 26 de junio, los sindicatos vandoristas decidieron no participar en la huelga del 1° de julio.

Atrapado entre la oposición liberal que continuaba hostigándolo y una nueva Huelga General cuyas consecuencias eran impredecibles -sin mencionar la actitud cautelosa y vigilante de los vandoristas- la posición del gobierno se deterioró rápidamente. Necesitaba urgentemente un acontecimiento político que rompiera el hechizo sindical y permitiera que el ejército se presentara ante la oposición liberal como la única institución burguesa que todavía era efectiva en el país. Todos los revólveres apuntaban al cuerpo de Augusto Vandor. Al mediodía del 30 de julio, en vísperas de la Huelga General convocada por la CGT de los Argentinos, Vandor fue acibillado a balazos por un grupo de asesinos desconocidos en la sede de la Unión Obrera Metalúrgica. Cualquiera fuera el responsable del crimen -personalmente creo que es probable que fueran los servicios de inteligencia en conexión con las Fuerzas Armadas- solo había un beneficiario: el gobierno. El régimen militar actuó inmediatamente con precisión de relojero. Ongaro fue rápidamente arrestado en Córdoba, y la misma noche se declaró el estado de sitio y los principales sindicatos afiliados a la CGT de los Argentinos fueron puestos bajo el control del gobierno¹³. Una ola de arrestos se extendió por el país en los días siguientes, y la marea popular que se había expandido nacionalmente en mayo comenzó a menguar. El régimen de Onganía estaba temporalmente a salvo.

7. Lecciones y perspectivas

La crisis de mayo revela una confluencia de todas las contradicciones generadas por la expansión del capitalismo monopolista en Argentina. El régimen militar había golpeado decisivamente a las pequeñas y medianas empresas capitalistas. Así, la protesta de la clase media contra aquél se concentró en el interior del país, donde la burguesía local es la fuerza económica dominante y los sectores empresariales vinculados a ella tienen un peso decisivo en la formación de la opinión pública. El deterioro en la posición económica de las clases medias se había intensificado, rompiendo el marco ideológico del liberalismo y contribuyendo así al desarrollo de una conciencia nacionalista, que era una condición subjetiva necesaria para alianza con el movimiento obrero. El resultado fue la movilización estudiantil y el apoyo popular que recibió. La introducción de empresas grandes y tecnológicamente avanzadas con baja demanda de mano de obra y el cierre de antiguas plantas de trabajo intensivo, mientras tanto multiplicaban el desempleo en el proletariado. Esto produjo dos centrales sindicales, una de oposición y la otra colaboracionista, pero no incondicionalmente; para el caso, ambas se unieron en protesta contra el régimen. *Estas contradicciones acumuladas se fusionaron en la tormenta del Cordobazo en mayo.* En otras circunstancias, el movimiento estudiantil se hubiese encontrado aislado y fácilmente puesto en cuarentena. *Tal como estaba, una crisis estructural de dimensiones nacionales estaba buscando resolución; la primera chispa comenzó una conflagración.* El curso de los acontecimientos fue una demostración concreta de que la capacidad del capital monopolista argentino para la integración social es menor que su capacidad para desintegrar la estructura anterior.

Ahora será muy difícil para el régimen militar ampliar su apoyo social. ¿Podría una eventual resurrección del antiguo liberalismo oligárquico, con un sistema parlamentario manipulado por fraude, ser una alternativa política viable? La respuesta es claramente negativa. Tal restauración sería tan impopular como el régimen militar al que pretendiera suplantarlo, y en la práctica se vería obligada a seguir las políticas económicas del régimen militar, aunque posiblemente con mayores ganancias para el

¹³ Todos los condenados a prisión por el consejo de guerra fueron amnistiados y liberados en diciembre, después de que el levantamiento popular había menguado.

sector agrario. Tal eventualidad es ahora altamente improbable.

La crisis de mayo no fue sin embargo un hecho aislado, sino el primer acto en el surgimiento de un polo de atracción masiva para unir las luchas futuras en Argentina. Una alianza entre la clase obrera y la pequeña burguesía, con todo su potencial explosivo, se estableció en las barricadas de Córdoba, Tucumán y Rosario. Ahora es un hecho histórico irreversible. Ahora es asequible una estrategia a largo plazo, que fisurará profundamente el actual gobierno militar. La única base del régimen actual es ahora la unidad de su aparato militar. ¿Cuánto tiempo puede esta unidad resistir la oposición masiva prolongada? La posibilidad de una naciente corriente antiimperialista en las filas inferiores y medias del Ejército, lista para una alianza con las fuerzas revolucionarias que están fuera de aquél, es una inquietud constante del régimen actual, y con buena causa: está en la lógica misma de la situación. Nuevas movilizaciones masivas lideradas por la clase trabajadora son una necesidad apremiante para un mayor avance político; pero esto ahora también debe implicar la subversión llevada a cabo dentro del propio aparato del Estado. Esto hará avanzar el día en que el movimiento revolucionario podrá romper la máquina estatal burguesa y establecer nuevas instituciones populares de poder.

La primera tarea de un régimen revolucionario sería liquidar el poder del capital imperial y monopolista en Argentina, mediante expropiaciones -bajo el control de las masas- que abriría la puerta al socialismo. Estos objetivos deben ser amplia y claramente propagados en este momento. El populismo de la clase obrera y el jacobinismo de la pequeña burguesía entonces se combinarán y superarán en una forma adecuada a las tareas de la revolución: la destrucción del estado capitalista y la eliminación del imperialismo.

Postscript-julio de 1970

Mientras este artículo estaba en prensa, una rápida sucesión de eventos condujo a la destitución de Onganía por parte de una junta militar de los tres jefes de servicio, la instalación de otro General – Levingston– como presidente y el anuncio de nuevos planes políticos que contemplan el eventual llamado a elecciones. Ausente de mi país y en posesión únicamente de la información inadecuada disponible hasta ahora, no puedo hacer una evaluación detallada de la situación. Sin embargo, el esquema general y la importancia de estos eventos son lo suficientemente claros.

1. El proceso de aislamiento político del gobierno, que se describe en las páginas anteriores, se acentuó en los últimos meses. Las acciones militares urbanas, la agitación estudiantil y las ocupaciones de fábricas crearon de nuevo un clima cercano a la crisis. Las fuerzas de la oligarquía tradicional conspiraron abiertamente para exigir la formulación de un plan político que llevara al país a un régimen parlamentario. La fragilidad del gobierno, cuya base de poder -como se argumenta arriba- se fundó sobre la unidad de las fuerzas armadas, se hizo más evidente cada día. En estas circunstancias, el secuestro de Aramburu detonó el golpe de estado del sector liberal del ejército. Onganía, que acababa de sobrevivir a la crisis de mayo de 1969, era incapaz de resistir a la nueva convulsión de junio de 1970.

2. ¿Qué ha cambiado en Argentina con el nuevo régimen? La política económica sigue siendo la misma. Las nuevas autoridades han sido muy cuidadosas al establecer que el plan de expansión para el capital monopolista se mantendrá sin alteración. El nuevo ministro de Economía, Carlos Moyano Llerena, continuará con algunas modificaciones la política formulada en 1967 por su predecesor Krieger Vasena. Lo que ha mostrado la crisis actual es que el Estado burocrático-militar, con sus extensiones corporativistas, es incapaz de producir la estabilidad institucional y la integración social necesaria para el desarrollo del capitalismo monopolista en Argentina. En estas circunstancias, el papel del régimen militar ha cambiado. Ahora se limita a la creación de condiciones en las cuales una elección lleve al poder una coalición civil capaz de formar la base social para la expansión del monopolio. El problema político es entonces el principal que enfrenta el nuevo régimen.

3. Sin embargo, este problema central de una nueva coalición política expresada a través de un régimen parlamentario no puede ser resuelto, como en 1955, por los partidos liberales. El fracaso para integrar a las clases medias en el frente oligárquico y el descrédito del régimen fraudulento anterior a

1966 se combina con la fuerza creciente del movimiento popular para quitarle estabilidad y representatividad al nuevo régimen. Por primera vez desde 1955, el liberalismo oligárquico necesita establecer algún sistema de alianzas con el peronismo. Los acercamientos hechos al peronismo por Aramburu antes de su captura fueron la indicación más clara de esto. Una fórmula que permite que el proceso de penetración monopólica continúe, pero con el sindicalismo colaboracionista y el sector agrícola obteniendo más ventajas, proporcionaría un marco económico con el objetivo de la ampliación de la base social del régimen. Para aumentar su poder de maniobra en esta dirección, el nuevo gobierno ha comenzado decretando la primera devaluación desde 1957. Sin embargo, anticipándose al posible fracaso de su estrategia política, el régimen ha evitado cualquier especificidad con respecto a las modalidades electorales.

4. En la medida en que continúe el desequilibrio subyacente de la estructura socioeconómica argentina, es de esperar que las nuevas iniciativas políticas se rompan al igual que las patrocinadas por Onganía. La explotación de los conflictos dentro de las filas enemigas y el desarrollo de la fuerza política y organizativa del movimiento popular son las tareas urgentes del presente período.

Sobre el autor

Ernesto Laclau

(Buenos Aires, 6 de octubre de 1935 – Sevilla, 13 de abril de 2014) Fue un filósofo, teórico político y escritor argentino. En la última etapa de su vida se destacó como profesor-investigador en la Universidad de Essex y referente internacional de las teorías postmarxistas. Recibió el reconocimiento de Doctor Honoris Causa de las Universidades de Buenos Aires, Universidad Nacional de Rosario, Universidad Católica de Córdoba, Universidad Nacional de San Juan y Universidad Nacional de Córdoba. Entre sus libros más mencionados se encuentran “Hegemonía y estrategia socialista”, co-escrito con su compañera Chantal Mouffe, y “La razón populista”. Se egresó como Historiador en 1964 en la Universidad de Buenos Aires. Se doctoró en 1977 en la Universidad de Essex, donde también se desempeñó como profesor e investigador.